

Yo estaba tranquilamente tomando el sol en la playa y una chica rubia se me acercó. Y seis páginas más adelante decir: La casa estaba cerrada, la cancela exterior, las ventajitas, todo. Ahora ya no soy yo el que se desespera, el que intenta en vano recuperar un fantasma o entender, al menos, lo sucedido. Es mi personaje. Yo releo su historia y corrijo la estructura y detalles de estilo. Se la leo a mi hermana que dice que no le gusta el final y a mi cuñada que sonríe y dice: Ya sabía yo que todo era un cuento. ¿No será que quieres darme celos?; y a mi hermano mayor que me dice que soy un tonto por darle tantas vueltas a algo de lo que voy a sacar tan poco provecho.

El marinero también debió de darle muchas vueltas. Se lo contaría primero a sus compañeros de trabajo: era una mujer hermosísima, los ojos verdes como el mar, el pelo de oro, nunca había visto él nada igual. Después, cuando ya no navegaba, se lo contó a su mujer: la llegada al puerto, la figura misteriosa que le hace señas, la casa lujosísima; y a sus hijos cuando crecieron: el marido era un hombre muy poderoso y muy rico, pero no podía tener hijos; y también a sus nietos: hace ya muchos años, en un país lejano... Un día, en la taberna del puerto, oyó a un marinero recién llegado contar su historia; el criado que le hace señas entre las brumas del anochecer, el palacio, una mujer muy bella, de ojos de azabache y pelo largo y negro como la noche... Entonces empezó a olvidar.

## JOSÉ MARÍA MERINO

José María Merino, leonés (1941), es licenciado en Derecho por la Universidad Complutense. Reside en Madrid. Sus libros de poesía han sido reunidos bajo el título *Cumpleaños lejos de casa* (1988). Ha publicado las siguientes novelas: *Novela de Andrés Choz* (Premio Novelas y Cuentos, 1976), *El caldero de oro* (1982), *La orilla oscura* (Premio de la Crítica, 1985), *El centro del aire* (1991) y *No soy un libro* (1992), así como la trilogía constituida por *El oro de los sueños* (1986), *La tierra del tiempo perdido* (1987), y *Las lágrimas del sol* (1987), que aparecerá reunida con el título *Las crónicas mestizas*. Entre sus libros de relatos están: *Cuentos del reino secreto* (1983), *Artrópodos y Hadanes* (1986) y *El viajero perdido* (1989).

...A mi entender, los cuentos encierran el sentido prístino del arte de narrar. La novela es una construcción plural, con elementos accesorios que van sosteniendo a los elementos principales. Conforme se avanza en su elaboración, lo sustantivo y lo adjetivo van entrelazándose y todo ello junto, si se consigue la feliz culminación del proceso, acaba sosteniendo el texto con similar capacidad de apoyo. Sin embargo, los cuentos no toleran elementos accesorios. Todos los materiales del cuento tienen una función principal: de ahí la difícil concisión a que obligan, que no está sólo en el empleo de las palabras, sino —sobre todo— en la previa selección de los motivos.

...Para la buena salud literaria de una cultura es imprescindible la presencia y vitalidad del cuento. El esplendor contemporáneo de las literaturas iberoamericanas no puede comprenderse sin recordar nombres de cuentistas como Roberto Arlt, Adolfo Bioy Casares, Juan Carlos Onetti, Horacio Quiroga o Julio Ra-

món Ribeyro, de obra menor por su tamaño, pero grande y sólida por su significación. Y es que la literatura —al contrario que el deporte— no es cuestión de músculos, y tampoco la mayor envergadura física mejora necesariamente la calidad de sus productos.

## Tres documentos sobre la locura de J.L.B.

### *Documento núm. 1*

Resulta una terrible paradoja que haya sido precisamente ayer cuando se inició esta situación que no debería calificar sino como pesadilla grotesca, aunque todos los datos ajenos a mí parezcan demostrar que no se trata de un sueño.

Digo que resulta paradójico que haya sido ayer, pues el día comenzó para mí bajo los auspicios más benéficos: tras casi tres meses de padecimientos —primero el accidente; luego el hospital, con todas esas intervenciones y las largas noches de asepsia y quejidos; por fin, un largo periodo postoperatorio, con mi cuerpo acribillado de agujas que me nutrían o me controlaban— había regresado a casa y despertaba envuelto en una plácida sensación de bienestar.

Abrí los ojos y, tras el desconcierto inicial ante el cambio del lugar de mi costumbre más reciente, el conjunto de mi alcoba y sus objetos —el pequeño espejo, las grandes cortinas, el icono plateado, el barómetro— ajustó sus formas, pliegues y fulgores a una familiaridad que yo reconocí de pronto con alivio: mi cuerpo estaba en paz y yo recuperaba el embeleso de similares situaciones.

Recuperé entonces una languidez como la subsiguiente a las enfermedades de la infancia; cuando, recién mudadas las sábanas que enjugaron los sudores, sin fiebre ya,

permanecía absorto, escuchando entre la sombra de la habitación los sonidos que daban testimonio de la pura domesticidad: tintineo de vasos, crujido de puertas, una escoba que arrastraba su repetido vaivén en la lejanía de los pasillos.

Recuperé entonces también, sin ser todavía consciente de su origen, aquella metáfora sobre las almohadas como mejillas. *Las almohadas* son otras mejillas, musité. Luego me enredé pacíficamente, sin otra prisa que la de satisfacer mi propio gusto, en la curiosidad de recordar la procedencia de la metáfora, y la definición del tacto de las almohadas como mejillas, evocado en algún libro, hizo sólido el recuerdo de aquellas tardes de convalecencia —eran como mucho dos o tres— en que la pringosa calentura y el malestar de las anginas, o de la gripe, ya curadas, tenían como recompensa limonadas y lecturas en la cama.

Yo le pedía a mi madre los libros que me interesaban: novelas de aventuras, las *Mil y Una Noches*, o aquellos grandes tomos de una enciclopedia donde, entre muchas otras, venía la historia de Sigfrido, con una ilustración, que yo no me cansaba de contemplar, en que se veía al héroe inclinado sobre un manantial, extendiendo una mano para recoger el agua, en actitud de quien quiere beber, mientras a sus espaldas, subido en una roca, el traidor alza en un brazo la lanza con que, atravesando el pequeño zurcido que señala el único punto vulnerable del héroe, va a quitarle la vida.

Por fin, y tras rechazar la remembranza de diversos libros, el lugar se encendió claramente en mi memoria: *Combray*. Es al recordar aquellas duermuevas de la niñez cuando el autor habla de las mejillas de las almohadas, pensé; y creí recordar también que Marcel Proust llama a las almohadas *mejillas de la infancia*, pero no estaba seguro, ni puedo estarlo ya nunca.

La sospecha de que aquélla podía ser una exageración mía de la metáfora hizo que me obligase a vencer mi placentera pereza, de modo que me levanté de la cama y me dispuse a buscar el libro para disipar definitivamente mis

dudas. Todo el piso se me ofrecía con la misma apariencia sosegada de la alcoba y en las librerías —que se extienden por el pasillo y casi todas las habitaciones— los libros se ordenaban unos junto a otros, sin que uno solo de sus lomos rompiera la exacta alineación de los volúmenes.

Aunque los fondos de mi biblioteca están debidamente clasificados, conservo en la memoria la colocación de casi todos los libros, de modo que me dirigí directamente al lugar donde deberían encontrarse los distintos tomos de la obra, regresé a la cama con el primero de ellos y comencé a hojearlo, seguro de que era en las páginas iniciales donde se encontraba esa imagen de las almohadas como mejillas.

En aquella búsqueda tuvo origen mi desasosiego y el horror que me rodea mientras escribo apresuradamente este testimonio, al filo del amanecer; con ella, el día más placentero que había creído tener ante mí, tras muchos meses de sufrimiento, se convirtió en el espacio perfectamente adecuado a una pesadilla. Sin embargo, nada hay de pesadilla en la apariencia de las cosas que me rodean, y me encuentro sin duda en la realidad de la vigilia: la consistencia de los objetos manifiesta una presencia que no corresponde a lo imaginario y los sonidos de la calle son certeros testimonios de que estoy bien despierto.

Digo que había regresado a la cama con el libro e intentado localizar la metáfora, pero que mis esfuerzos resultaron inútiles. Al cabo de un rato, decidí releer la primera parte de la novela, no tanto para ordenar mi búsqueda como por la extrañeza que me produjo la relectura de algunos fragmentos, mientras pasaba las páginas al azar: pues aquel libro no parecía el mismo que yo creía haber recordado.

No lo parecía, ni lo era. El libro lo tengo a la vista, sobre la mesilla. Recoge un cúmulo de recuerdos personales, no sólo privado de cualquier intención literaria, sino escrito, precisamente, con cuidado de no parecer novelesco. Lo más interesante del libro de mi recuerdo consistía en que, gracias a la maestría del autor, y por haber

conseguido hacer vibrar de nuevo la sustancia temporal de unos sucesos pasados y perdidos, la evanescencia de los hechos evocados se convertía en una realidad precisa, verdadera, inmortal.

Pero aquello había desaparecido del texto. Y mi estupor descubrió luego que ni siquiera el título era exactamente el mismo, pues el libro que yo tenía en mis manos, escrito también, al parecer, por un tal Marcel Proust, no se titulaba como el libro famoso sino, escuetamente, *Memorias*. Se trata de un libro que —puedo jurarlo— no ha estado antes entre los doce mil cuatrocientos treinta y cinco que componen mi biblioteca. Sin embargo, es idéntico en todas sus características físicas al libro de mi recuerdo —formato, dibujo de la portada, tipo de letra— y aparece publicado por la misma editorial.

Mi sorpresa recibió una insidiosa confirmación cuando, tras levantarme apresuradamente y buscar el resto de los tomos, comprobé que ostentan el nuevo título y que en ellos tampoco se desarrolla un proyecto novelesco, sino una crónica plúmbea, las minucias banales de la vida social de un grupo de gentes de la alta burguesía francesa, a finales del siglo pasado.

Como puede suponerse, el sorprendente hallazgo me llevó a revisar mi biblioteca, pues súbitamente sospeché que entre mis libros —que yo creo conocer uno a uno por la vista y por el tacto— podrían encontrarse otros textos tan extraños como aquéllos. Todavía en la sugestión de mis divagaciones, busqué algunos de los libros que he amado especialmente en mi niñez, y muy especialmente *La isla del tesoro* de Robert Louis Stevenson. Y resultó que *La isla del tesoro* de mi biblioteca, conservando todas las características externas del libro de mi recuerdo, consiste en una historia árida, insufriblemente prolija, de la piratería inglesa de los siglos XVI a XVIII, con un repertorio de los puntos de encuentro y refugio de los delincuentes que la practicaban.

Era media tarde y mi bienestar se había trocado en tribulación. Devolví el libro al estante y busqué con temor los demás libros que, en aquellas horas de la niñez, me

ayudaron a recorrer esos mundos hermosos que están hechos solamente de palabras. Pero toda la sustancia novelesca y fabulosa había desaparecido de ellos.

Los ejemplares son idénticos en su aspecto material y, cuando se trata de los que he conseguido conservar a través de tantos años —desde los tiempos de la infancia— presentan la misma apariencia de indeleble deterioro que produjo en ellos la sucesión de innumerables lecturas fervorosas. En ellos figuran los mismos autores y los mismos traductores, cuando no se trata de versiones originales. Los motivos de la cubierta, la clase de papel, la disposición tipográfica, son los mismos. Pero el contenido novelesco ha sido sustituido por descripciones literales de sucesos, sin duda reales, pertenecientes al campo de la historia, de la sociología o de la psicología.

En una metamorfosis que es difícil imaginar, Heidi, Tom Sawyer, Lázaro de Tormes, Robinson Crusoe, un tal Hans Pfaall, Ivanhoe y todos aquellos personajes, han dejado de vivir aventuras y peripecias dramáticas para convertirse en testimonios que pierden su significación y su interés a través de la gris fidelidad de los atestados.

Reflexioné durante bastante tiempo sobre el asunto y al fin decidí buscar la novela que podría devolverme la tranquilidad o dejarme perdido en este vago delirio, que todavía no sé hasta dónde puede conducirme. En un mundo sin novelas, sin literatura, es inútil que transcriba su título. He sido poseedor de varias versiones de ese libro, alguna valiosísima. Tomé con verdadero temor una edición de bolsillo recientemente aparecida.

La obra es aparentemente la misma. Sin embargo, ya no se titula como la novela inmortal, sino *Vida de Alonso Quijano, llamado el Bueno*. Narra, con pormenor meticuloso, áspero y frío, la vida ejemplar de un hidalgo devoto que, a finales del siglo XVI, hizo una fulgurante carrera eclesiástica y murió en olor de santidad, tras fundar un famoso hospital de locos.

El descubrimiento acabó con los últimos restos de aquella tranquilidad que había comenzado a renacer en mí tras el accidente y las interminables jornadas del hos-

pital, llenas de pesadillas. Aunque intuía que todos mis esfuerzos darían como resultado parecida decepción, en las horas siguientes repasé centenares de libros de mi biblioteca, que han quedado desparramados por toda la casa, como pruebas de algún cataclismo. He comprobado que no hay ninguno que pueda ser considerado como novela, del mismo modo que no hay ningún libro de poemas, ni ninguna pieza teatral. Todo eso que se llama ficción literaria ha desaparecido. Se mantienen los libros, como he señalado antes, pero vaciados totalmente de su sustancia imaginaria. No he tenido tiempo de repasarlos todos, pero creo que ninguna invención fabulosa permanece en esas estanterías.

Para tranquilizarme, decidí descansar unas horas y poner en orden mis sentimientos, acosados cada vez más por la angustia. Analicé entonces la posibilidad de que se tratase de un sueño pero, como he apuntado, la solidez de todo lo que me rodea carece del fulgor engañoso de las cosas que se sueñan.

Por fin he llegado a comprender —intentando mantener el imprescindible equilibrio del juicio— que, por alguna razón que desconozco, en ninguno de mis libros se encuentra ya lo que yo he conocido bajo la forma de fabulación literaria; y eso, teniendo en cuenta que cada libro no es sino un individuo de una gran familia de seres idénticos, me hace sospechar que aquella fabulación ha desaparecido del mundo. Me he atrevido también a pensar que, por causas que no puedo imaginar, relacionadas acaso con mi accidente, he venido a dar a un mundo donde no existe la ficción literaria.

En la lógica secuencia de tal hipótesis, he venido posteriormente a temer que todo lo que yo llamo *literatura* no sea sino el producto de sueños y desvaríos de mi razón, una compleja engañifa de mi mente. Acaso he soñado que existían tales ficciones, que estaban impresas en los libros, y lo que, con toda lógica, son únicamente testimonios y documentos que reflejan la simple realidad, habían sido en mi sueño historias inventadas y narradas de un modo peculiar.

Mas he descartado al fin esa objeción, pensando en los razonables límites que, de existir, debería tener mi locura. Pues por ese camino de alucinación pudiera haber imaginado algún libro como aquellos, fabuloso y ficticio, pero no ese cúmulo que me llena la cabeza y centellea simultáneo en mi memoria. Creo inverosímil atribuir a la quimera o al desvarío, no sólo las tramas y los estilos, sino tantos y tan diversos asuntos como la denominación de los géneros o todo lo que se me ocurre de pronto en materia de historia y crítica literaria.

Si vine a despertar en un mundo sin literatura ¿cómo serán las cosas ahí fuera? En mi mundo habitual, buena parte de nuestro ser se plasmaba y guarecía en las novelas y en los poemas, y eso que yo llamo literatura había llegado a convertirse para muchos, por encima de las leyes y de las culturas, en una pacífica vía de conocimiento, en un sólido refugio. La literatura nos había acostumbrado a la imaginación y había destruido definitivamente la fatalidad de los dogmas.

Contemplo las calles. Alguna figura solitaria se apresura entre la soledad sombría del amanecer. Me parece encontrar en su ademán un gesto amedrentado. Cuando sea de día llamaré a mis amigos e intentaré encontrar la explicación de este cambio, o despertaré del sueño que me atrapa, si de eso se trata.

Mas si mi temor se confirma y la literatura no existe aquí, debo plantearme de inmediato la reconstrucción de todas las ficciones que recuerdo. Pues del mismo modo que esa imagen de Proust, cuyo sentido exacto ya nunca podré recuperar, toda la literatura que he conocido irá borrándose de mi memoria, y puede llegar un momento en que piense que nunca existió sino en la insegura frontera de mis ilusiones. Por lo menos, intentaré transcribir, con sus asuntos y una anotación de la forma que su autor les dio, una idea certera de las ficciones que conozco, todas esas que ya nunca podré releer.

«Ciento cincuenta novelas»

*Material extremadamente singular y peligroso, que debe conservarse en archivo de seguridad y con la mayor reserva.*

Un conjunto de 596 folios formato Din/A/4, manuscritos en su mayor parte, otros procesados por ordenador. Se recogen en ellos hasta sesenta y nueve —no ciento cincuenta, pues la actividad fue descubierta— especulaciones de las que el autor califica bajo el neologismo *novelas*. Se trata en todos los casos de historias ficticias, sin que ninguna de ellas tenga inmediata relación con la realidad, aunque hay algunas que mantienen cierta voluntad de verosimilitud. La mayoría son francamente aberrantes, tanto en su contenido como en el desarrollo de sus figuraciones.

En el estudio que se utilizó para el análisis pericial —y que se acompaña al expediente— se describen todos los textos. Algunos pudieran relacionarse directamente con los delirios del autor, por ejemplo, el que se refiere a un caballero del siglo xvi que pierde la razón, precisamente por la lectura de tal tipo de embelecos (*novelas*), y desarrolla una contumaz actividad antisocial; del mismo modo, el que relata el caso de una dama del siglo xix a quien semejantes lecturas sirven de estímulo para incumplir su deber de fidelidad conyugal. Otros elaboran relaciones interpersonales en que se resaltan con énfasis especial —hasta extremos patológicos— sentimientos de afectación o de rencor, de lealtad o de traición. Abundan los textos en que determinados individuos se regodean de manera enfermiza entre sus propias ensoñaciones.

Las aberraciones a que se ha hecho referencia ocupan numerosos fragmentos. A título de ejemplo: seres fallecidos mucho tiempo antes, que reposan de día en sus ataúdes, salen de ellos aprovechando las sombras de la noche, para beber la sangre de los vivos; profesores enloquecidos por la soberbia nacen resucitar y revivir en un cuerpo conjuntos de restos procedentes de diversos cadáveres o

consiguen sintetizar sustancias que, al ser consumidas, enardecen en ellos mismos sus pasiones bajo la forma de Otro; ciudadanos normales se convierten en monstruosos insectos o se afirma que existe un lugar donde están, sin confundirse, todos los lugares del orbe, vistos desde todos los ángulos.

Aunque ciertamente muchos fragmentos sólo trazan esquemas que pudieran reflejar modos de vida o costumbres —sin perder nunca, como se ha señalado, la morbosidad de lo falso— otros llegan a ser francamente blasfemos —existencia de dioses extraños que acecharían desde sombras, criptas y abismos— y casi todos son implícitamente disolventes, o por lo menos irreverentes, y hasta burlones, con la Religión y el Estado. Sin contar el gran número de casos en que individuos culpables de faltas y delitos no reciben el merecido castigo.

Documento núm. 3

Del Delegado del Gobierno  
Al Director del Centro de Salud Mental (CESAMEN)

*Al correspondiente volante de ingreso del nuevo residente acompaño todos los antecedentes del caso. Creo suficiente la lectura de los Documentos núm. 1 y núm. 2 para una comprensión inicial del asunto. Deben cumplirse estrictamente las prescripciones establecidas en cuanto a su aislamiento y al control de sus expresiones orales o textos escritos. Parece tratarse de un caso singularmente grave, que pudiera llevar implicaciones inesperadas y lamentables, sobre todo si se considera que, antes de producirse la aparición repentina de su demencia, el afectado estaba desempeñando el cargo de director de la Biblioteca del Estado. (Firma ilegible).*